

La jirafa con bufanda

Jira, la jirafa, tenía un cuello muy largo (como todas las jirafas), pero siempre sentía un poco de frío. Así que tejió una bufanda larguísima y colorida.

Cuando fue al lago, los otros animales se burlaron un poco. "¡Parece una serpiente enredada!", decía el mono.

Pero Jira no se molestó.

Ella se sentía cómoda y feliz con su bufanda.

Entonces, una mañana muy fría, todos temblaban. Jira, generosa, cortó su bufanda en pedacitos y la repartió. "¡Qué calientita!", decían.

Desde ese día, nadie se burló. Y todos aprendieron que ser diferente a veces es lo mejor.



El dragón que no echaba fuego

Dino era un pequeño dragón rojo que vivía en una montaña. Todos sus hermanos escupían fuego para jugar y calentar sopas. Pero cuando Dino intentaba, ¡solo salían burbujas!

Los demás dragones se reían un poco. "¿Qué clase de dragón lanza burbujas?" decían. Dino se escondía triste detrás de una roca. Pero una tarde, un grupo de niños subió a la montaña.



Cuando vieron las burbujas de colores que salían de Dino, gritaron: "¡Es magia!" Saltaban, reían y trataban de atraparlas. Dino se sintió feliz por primera vez. Desde entonces, supo que no tenía que ser como los demás para ser especial.

El secreto del león

Leo era el rey de la selva. Tenía una gran melena, un rugido fuerte y caminaba con paso elegante. Todos los animales lo respetaban... ¡aunque Leo tenía un secreto! Era muy, muy cosquilloso.

Un día, mientras dormía la siesta, un pequeño ratón llamado Milo corrió por accidente sobre su lomo. Sin querer, le hizo cosquillas con sus patitas. Leo se despertó de repente, ¡pero en vez de enojarse, se echó a reír!

Desde ese día, Leo y Milo se hicieron amigos. El ratón se subía cada tarde a su espalda para jugar, y Leo aprendió que no siempre hay que ser serio para ser un buen líder. A veces, reír también es ser valiente.



Nubecita

Nubecita era una nube esponjosa y blanca que soñaba con ser algo diferente: quería ser algodón de azúcar. “¡Así todos me querrán!”, pensaba.

Intentaba bajar al parque de atracciones, a donde los niños comían dulces. Pero cada vez que bajaba demasiado, el viento la empujaba de nuevo hacia el cielo.

Un día, una niña miró al cielo y gritó: “¡Mira esa nube! ¡Parece algodón de azúcar!” Nubecita se sonrojó (si las nubes pudieran sonrojarse) y se dio cuenta de algo hermoso: no necesitaba cambiar para que la vieran especial.



La tortuga bailarina

Tina era una tortuga que amaba la música. Cada vez que oía una melodía, movía sus patitas lentamente al ritmo. “¡Pero eres muy lenta para bailar!”, se reían los demás animales. Tina no se rendía. Practicaba cada día frente al lago, donde el agua reflejaba sus pasos. Un día, hubo un concurso de talentos en el bosque. Todos esperaban cosas rápidas, ruidosas... Pero cuando Tina empezó a bailar, con movimientos suaves y elegantes, todos se quedaron en silencio. Era hermoso. Tina ganó el premio al baile más especial, y todos aprendieron que lo importante está en disfrutar las cosas que haces y ponerles dedicación y esfuerzo.



La luna y el sol

Cada mañana, cuando el sol empezaba a salir, la luna ya se estaba despidiendo. Pero antes de irse, se asomaba un poquito y le decía: “¡Buenos días, amigo!”

El sol, aún un poco dormido, siempre le respondía: “¡Buenas noches, compañera!” Aunque solo se veían por unos minutos, ese momento era especial.

Un día, una nube traviesa se metió en medio. Pero la luna y el sol gritaron contentos al mismo tiempo: “¡Que te vaya bonito!” la nube se rió y se fue. Desde entonces, aprendieron que incluso en poco tiempo, los buenos amigos pueden alegrarse el día.

